

## CAPÍTULO

## 5

## MIRADAS A PROFUNDIDAD EN

Fortalecimiento  
de la democracia

## HALLAZGOS RELEVANTES

- La erosión del apoyo al sistema político produjo un fuerte rea-comodo en los perfiles de apoyo ciudadano a la democracia en las últimas cuatro décadas.
- Entre 1978 y 1999 el espectro político estaba dominado por *demócratas liberales* y *semiliberales*. En el presente siglo la sociedad costarricense transitó gradualmente hacia una comunidad en la que predominan individuos *ambivalentes*, que sobresalen por tener actitudes contradictorias hacia la democracia.
- Si bien la composición de los perfiles de apoyo ciudadano a la democracia varió significativamente, la intensidad del apoyo o rechazo al sistema político no experimentó cambios entre 1978 y 2018.
- Los atributos sociales y las actitudes políticas de los demócratas también se han modificado con el paso del tiempo. Las transformaciones más pronunciadas ocurrieron entre los *ambivalentes*.
- Ciudadanos con mayor afinidad democrática puntúan más alto en la aceptación de los “mitos políticos” que tradicionalmente han cohesionado la identidad cívica de las y los costarricenses.
- El análisis de los perfiles de los demócratas en el continente americano evidencia el fin de la excepcionalidad costarricense en materia de apoyo al sistema político.

## NUEVOS APORTES PARA LA TOMA DE DECISIONES

- El estudio del cambio de largo plazo en los perfiles de apoyo ciudadano a la democracia, basado en un reprocesamiento de la serie de datos de la encuesta Barómetro de las Américas, de la Universidad de Vanderbilt (Estados Unidos), permitió conocer los riesgos para la estabilidad democrática por el eventual fortalecimiento de grupos con inclinaciones antiliberales y antidemocráticas.
- La correlación entre los perfiles de apoyo ciudadano a la democracia y la adscripción a los “mitos fundacionales” que definen la identidad política en Costa Rica, brinda la base para una reflexión sobre la resiliencia de la democracia y su supervivencia.



## CAPÍTULO

## FORTALECIMIENTO DE LA DEMOCRACIA

## 5

## / Cambios en el apoyo a la democracia crean riesgos políticos. Una mirada de largo plazo 1978 - 2018

INDICE	Introducción
Hallazgos	173
Nuevos aportes para la toma de decisiones	173
Introducción	173
Democracia y sus demócratas: una mirada de largo plazo	173
Aportes y limitaciones de la literatura sobre apoyo a la democracia en Costa Rica	177
Conceptos, fuentes y métodos	179
Arquetipos: una taxonomía de los demócratas comparable en el tiempo	179
Concepto de perfiles de apoyo a la democracia	180
Actitudes políticas seleccionadas para medir perfiles de apoyo	181
Cambiaron los perfiles de apoyo a la democracia en un período de cuatro décadas	182
Bases sociales y actitudes políticas de los demócratas	186
Arquetipos con mayor afinidad emocrática puntúan más alto en mitos políticos	186
Fin de la excepcionalidad tica: perfiles de demócratas en las américas	188
Conclusiones	189

El fin del siglo XX y el principio del siglo XXI fue una época de profundos cambios en Costa Rica, que ha sido ampliamente estudiada (Jiménez y Palmer, 2005; Alvarenga, 2005; Solís, 2006; Pérez y Baires, 2001; Rovira, 2001; PEN, 2018). La economía se diversificó y la apertura a los mercados internacionales reemplazó a los monocultivos en los que se basaba el modelo agroexportador.

Esas modificaciones en la matriz productiva y en la inserción internacional fueron acompañadas por grandes cambios sociodemográficos: un rápido proceso de urbanización transformó la vieja sociedad rural en una altamente urbanizada, con un acentuada metropolización del Valle Central; la estructura demográfica se modificó sustancialmente y cada vez más la pirámide poblacional se asemeja al perfil envejecido de los países más desarrollados; la sociedad se volvió más desigual en términos de la distribución de ingresos y la inseguridad ciudadana creció.

En el ámbito político, la institucionalidad pública se amplió (Alfaro, 2005 y 2006; Vargas Cullell y Durán, 2016) y se diversificó para atender nuevos mandatos constitucionales y legales aprobados por el Congreso, que expandieron significativamente los derechos ciudadanos y las obligaciones del Estado con la población. Al mismo tiempo, debió atender las nuevas demandas del desarrollo nacional, surgidas de las grandes transformaciones económicas y sociales en marcha.

El sistema político también experimentó profundos cambios. Un creciente desalineamiento electoral y político

de la ciudadanía redujo los niveles de participación en los comicios, aumentó la volatilidad del voto y debilitó a las organizaciones partidarias, especialmente a los partidos tradicionales ligados con la división originada por los conflictos políticos de mediados del siglo XX. Este desalineamiento estuvo aparejado a una importante transformación en el sistema: el bipartidismo, que dominó la política costarricense en las últimas dos décadas del siglo anterior, dio paso a un multipartidismo fragmentado, compuesto por pequeñas y medianas agrupaciones.

Fue en este período que Costa Rica empezó a mostrar una tendencia de largo plazo en la disminución del apoyo ciudadano a la democracia. En efecto, hoy los niveles de respaldo en este ámbito son más bajos que en la década de los ochenta del siglo XX, época en la cual el país experimentó una severa crisis económica y estaba siendo impactado por los conflictos político-militares de Centroamérica. Estos más bajos niveles de apoyo a la democracia convergen con un descontento ciudadano particularmente intenso y complejo (PEN, 2016 y 2017).

Todas estas transformaciones económicas, sociales y políticas han sido, como se dijo al inicio, abundantemente estudiadas. Sin embargo, los análisis políticos aún no han profundizado en el impacto que ha tenido la caída en el apoyo ciudadano a la democracia sobre la estabilidad del sistema. Se conoce la magnitud del descenso en los niveles de respaldo, pero no las realidades políticas detrás de la caída de largo plazo: ¿será que esta refleja la emergencia de importantes grupos que favorecen la sustitución de la democracia por un régimen autoritario? En otras palabras, ¿será cierto que cada vez más personas rechazan la democracia como la “única opción posible”? Si así fuera, ¿cuál es el perfil de estos grupos? Por el contrario, podría ser que la caída en el apoyo ciudadano sea expresión de cambios más complejos en la cultura política y, a la vez, menos definidos, que requieren un esfuerzo especial de investigación para determinar con claridad sus implicaciones.

El estudio de los perfiles de apoyo a la democracia que subyacen a cambios en el nivel de respaldo al sistema remite a un asunto de interés teórico: ¿qué tan distinto piensan y viven la democracia los ciudadanos de hoy, en comparación con los de hace cuarenta años? Este tema fue abordado hace casi veinte años por la *Auditoría ciudadana sobre la calidad de la democracia* (PEN, 2001) y luego fue retomado por el capítulo de “Fortalecimiento de la democracia” en diversas ediciones de este Informe, en las que los análisis se enfocaron en la democracia como convivencia ciudadana.

En esta edición se ha considerado relevante analizar el fenómeno no solo desde la perspectiva estructural mencionada, sino también desde un enfoque coyuntural, es decir, indagar si el descontento ciudadano se debe al funcionamiento de la democracia o si, por el contrario, es un malestar con la democracia misma. Si se trata de lo primero, el sistema puede encontrar mecanismos para recomponer factores clave que ayuden a reducir la insatisfacción. Pero, si se trata de lo segundo, los riesgos para la inestabilidad política son de mucho mayor calado. La combinación de estas miradas, estructu-

ral y coyuntural, cobra gran pertinencia para responder a una pregunta estratégica: ¿crea la composición actual de distintos tipos de demócratas riesgos latentes para la estabilidad del sistema político costarricense?

A partir de esa pregunta, este capítulo efectúa una exploración novedosa sobre la composición, la naturaleza y los cambios a lo largo del tiempo de una tipología de perfiles de apoyo a la democracia, tanto aquellos favorables a ella, como los que la adversan. Para ello, se utilizaron los datos de encuestas de cultura política correspondientes al período 1973-2018, algunas de los cuales no estaban disponibles de previo y fueron analizadas especialmente para este trabajo.

El capítulo se organiza en siete secciones, incluida esta introducción. La segunda expone de manera sintética las fuentes y métodos empleados en la investigación. En la tercera se analizan los aportes y limitaciones de la literatura sobre el apoyo a la democracia. En la cuarta se presenta una taxonomía de los demócratas comparable en el tiempo. La quinta sección describe los perfiles sociodemográficos y sociopolíticos de los demócratas. En la sexta se compara el apego a los mitos fundacionales de los demócratas en Costa Rica. Finalmente, el séptimo apartado se dedica a las conclusiones e implicaciones políticas de los hallazgos obtenidos.

### Democracia y sus demócratas: una mirada de largo plazo

El deterioro del apoyo ciudadano a la democracia no es exclusivo de Costa Rica. En buena parte del mundo las sociedades viven una etapa de debilitamiento de los pilares de la convivencia democrática. Incluso se habla de que la democracia está “arrinconada” y bajo fuertes presiones (Lapop, 2017). Más aun, pese a la caída en el respaldo ciudadano, cuando se examina la situación nacional desde una perspectiva comparada, Costa Rica sigue teniendo el nivel más alto nivel de todos los países estudiados en la encuesta Barómetro de las Américas, en un continente donde prevalecen bajos grados de apoyo a la democracia.

La combinación de estas dos tendencias —fuerte caída en el apoyo a través del tiempo, pero altos niveles en términos comparativos— da a Costa Rica un estatus de “laboratorio”, idóneo para estudiar los factores que subyacen a esta evolución. El esfuerzo por analizar con perspectiva de largo plazo los cambios en los perfiles ciudadanos de apoyo a la democracia, implicó reconstruir los hallazgos de las primeras mediciones de cultura política de los años setenta y ochenta, como punto de partida para el examen de las grandes transformaciones a lo largo del tiempo. Sin embargo, aunque esta sección está basada en las investigaciones publicadas sobre este tema, no sigue la tradicional modalidad de construir series de datos.

En contraste, el capítulo utiliza una perspectiva distinta: se centra en la construcción de perfiles o tipos de apoyo o rechazo a la democracia en Costa Rica y da seguimiento a su evolución, así como el cambiante peso de su arraigo entre la población. En ese sentido, un objetivo medular es comprender cómo son los demócratas y los antidemócratas en 2018 y cómo eran a principios de este siglo, en los años noventa, en los ochenta y a finales de 1970.

¿Por qué es importante estudiar la existencia de estos perfiles en la coyuntura política actual? Aunque se sabe que el apoyo a la democracia se ha erosionado, persisten dudas acerca de cuáles individuos o grupos sociales han experimentado los mayores cambios y quiénes son los menos afectados. Este capítulo aporta evidencia para comprender quiénes respaldan la democracia representativa en 2018, los *demócratas liberales*, y cómo eran antes; o por ejemplo, cómo son, recientemente y en el pasado cercano, quienes apoyan a la democracia mayoritaria (en la que gobierna la mayoría) pero tienen poco apego a la tolerancia política, los aquí denominados *demócratas “iliberales”*.

Un escenario en el que la firme creencia en la democracia es sustituida por valores y actitudes antidemocráticas, puede generar condiciones para que determinadas fuerzas políticas capitalicen ese desarraigo e impulsen intentos popu-

listas o abiertamente antidemocráticos, para hacerse con el gobierno, como ha ocurrido en otras naciones del mundo. Se trata, pues, de una situación y un momento idóneos para analizar los cambios y repercusiones de la composición de los demócratas en la sociedad costarricense y realizar una mirada retrospectiva a lo largo de cuatro décadas. Como se verá más adelante, cualquier país del continente podría ejecutar un esfuerzo equiparable a este.

En un contexto de debilitamiento de los partidos, descrédito de la política, descenso de la participación electoral y aumento de la protesta social como el que se vive hoy en Costa Rica, existe el riesgo de que ese escenario sea caldo de cultivo para la desestabilización del sistema. Para que ello suceda, los cambios en los perfiles de cultura política de los costarricenses deben cumplir tres requisitos. En primer lugar, debe haber evidencia empírica de un crecimiento significativo de fuerzas o grupos antidemocráticos, es decir, de aquellos que profesan valores antisistema o contrarios a la democracia. En segundo lugar, esos grupos deben tener un “relato” que resulte atractivo para amplios sectores sociales. Desde este punto de vista, los grupos antidemocráticos no solo tienen que ser numerosos, sino que deben apelar a segmentos de la sociedad que se sienten víctimas de un sistema que no llena sus expectativas y estar mayoritariamente de acuerdo acerca de cuál factor produce esa insatisfacción, es decir, tienen que identificar a “un culpable”. La delicada coyuntura por la que atraviesa el país, y los riesgos de un empeoramiento a corto plazo de la situación económica y social ofrecen, en ese sentido, un escenario propicio para explotar el malestar ciudadano. En tercer lugar, una fuerza contraria a la democracia representativa, del signo que sea, debe ser capaz de movilizar política y electoralmente a quienes no se sienten representados bajo las condiciones existentes.

Ahora bien, es posible que, aun teniendo un relato y bases sociales, los antidemócratas no se conviertan en una amenaza para la democracia, siempre que exista una reserva de ciudadanos que confíen en la pertenencia a una

comunidad política más amplia, plural, diversa y democrática, con capacidad para movilizarse electoralmente en contra de los individuos antisistema. Todas estas consideraciones subrayan la importancia de conocer en profundidad los perfiles de apoyo ciudadano que subyacen a los niveles promedio de respaldo a la democracia.

### Aportes y limitaciones de la literatura sobre apoyo a la democracia en Costa Rica

Distintas iniciativas han analizado los valores, actitudes, preocupaciones y expectativas de las y los costarricenses. Algunos de esos esfuerzos lograron trascender y consolidarse como estudios de opinión que examinan, a través de varias mediciones, distintos aspectos de la vida cotidiana, percepciones sobre la institucionalidad y el sistema de gobierno. Por su parte, el Programa Estado de la Nación (PEN) ha estudiado en profundidad la cultura política nacional en varias oportunidades y desde diversas perspectivas (PEN, 2001 y 2016; Rosero Bixby y Vargas Cullell, 2004 y 2006; Alfaro et al., 2010; Alfaro, 2014 y 2016). Esos trabajos han permitido dar seguimiento a las características y la evolución de las opiniones, preferencias y actitudes políticas de la ciudadanía a lo largo de más cuatro décadas.

A inicios de la década de los setenta, los esfuerzos pioneros del profesor Mitchell Seligson, apoyados por el estadístico Miguel Gómez, derivaron en un estudio regional de cultura política que comenzó en Costa Rica, se extendió luego a Centroamérica y desde 2004 abarca prácticamente la totalidad del continente americano. Ese proyecto se conoce hoy como la encuesta Barómetro de las Américas, y sobresale como una de las pocas iniciativas internacionales en esta materia. En años posteriores, otros esfuerzos locales han complementado y enriquecido los hallazgos en temas variados de la opinión pública.

Dado que el Barómetro de las Américas inició en Costa Rica, este país es, entre las naciones incluidas en la encuesta, el que posee la serie temporal de datos de cultura política más larga de las Américas,

producto de la acumulación de casi medio siglo (45 años) de estudios. Hasta ahora, una parte importante de esas investigaciones, que cubre los primeros años de la serie, no estaba disponible para análisis. Afortunadamente, el profesor Seligson y su equipo de trabajo en el Proyecto de Opinión Pública de América Latina (Lapop, por sus siglas en inglés), de la Universidad de Vanderbilt, facilitaron las bases de datos y los cuestionarios originales, lo que permitió estudiar la evolución de la cultura política costarricense en cuatro décadas y media.

Entre los investigadores que han generado todos los aportes en esta materia, hay un amplio consenso de que “un cambio profundo y de largo plazo está en curso” (Seligson, 2001) en la cultura política costarricense. En esta sección se sintetizan los resultados de algunos de esos esfuerzos, se discute una de las principales limitaciones de la literatura sobre el tema y se expone cómo esta contribución pretende subsanarla.

El primer estudio de cultura política en Costa Rica fue conducido por el profesor Mitchell Seligson a finales de 1972 e inicios de 1973<sup>1</sup>, y se aplicó a una muestra de campesinos (hombres) en 66 comunidades rurales de las siete provincias del país, un grupo de baja escolaridad que, para la época y la estructura productiva de la economía, constituía un conjunto social numeroso e influyente. Al analizar las dos modalidades de participación, la institucionalizada (voto o campañas electorales), por un lado, y la movilización (marchas o protestas), por el otro, se determinó que la primera está vinculada con un sentido de eficacia política, mientras que la segunda se relaciona con una percepción de desconfianza con las autoridades (Seligson, 1980).

En un artículo posterior Seligson y Mueller (1987) trataron de responder a una pregunta sustantiva: ¿qué hace que las democracias no sucumban ante los efectos negativos de las crisis económicas? Los autores concluyeron que una democracia como la costarricense puede mantenerse estable al afrontar un *shock* económico severo, siempre y cuando lo haga en circunstancias en las que su legitimidad sea sólida. En otras palabras,

las democracias maduras son resilientes y resistentes incluso a profundas crisis económicas. Estos sistemas acumulan una reserva de apoyo que pueden llegar a necesitar en momentos de gran adversidad. Si las reservas son suficientes, la estabilidad política no estará en juego; pero, en el peor escenario, si las reservas son escasas, la desestabilización puede, eventualmente, ocurrir. Estos mismos hallazgos fueron corroborados por otro estudio sobre este tema publicado el mismo año (Seligson y Gómez, 1987).

Costa Rica es un buen ejemplo de una comunidad que construyó una reserva de legitimidad política para sortear episodios críticos de inestabilidad interna y externa. Por ejemplo, distintas investigaciones han apuntado que, a finales de la década de los noventa, los habitantes del país mantenían una muy alta preferencia por su régimen democrático, superior a la de cualquier nación de América Latina (Latinobarómetro, Rodríguez y Espinosa, 1998). Además, una de las principales conclusiones del estudio que aquí se expone comprueba lo señalado por Garita (1995), en el sentido de que los costarricenses “tienen actitudes democráticas porque viven en una democracia”. Tanto es así que a inicios del presente siglo se afirmaba que la legitimidad del sistema no estaba en crisis (Rovira, 2001).

De igual modo, uno de los estudios de opinión pública más longevos, el proyecto Estructuras de Opinión Pública de la Universidad de Costa Rica (que abarcó el período 1988-2011, con excepción del 2010) señalaba que, a mediados de los años noventa, la democracia “a la tica” se caracterizaba por la ausencia de disenso y un enorme vacío de inconformidad. Los expertos denominaron a este fenómeno “la democracia de los conformes o el consenso del conformismo”.

Ya para finales del siglo XX, distintos trabajos empezaron a identificar un paulatino pero preocupante deterioro de la legitimidad política. En un reporte descriptivo de datos de opinión pública del período 1988-1997 se habla de un descenso en la credibilidad institucional. Asimismo, se indica que “la situación se torna crítica al observar el desencanto de

la población por los partidos políticos, los sindicatos y los políticos. La política genera desilusiones aun cuando el sistema político como tal no recibe cuestionamientos” (Carazo, 1998).

En una encuesta de 1996 cuya muestra era representativa del Área Metropolitana (mitad telefónica y mitad domiciliaria), se concluyó que las opiniones estaban divididas entre los que se declaraban satisfechos con el sistema político y los que no lo estaban. Incluso se señaló que predominaba un claro sentimiento de que las democracias no funcionan bien, que existen conflictos y que su principal falencia es la dificultad para tomar decisiones y mantener el orden social. A pesar de esa visión negativa, holgadas mayorías consideraban que la democracia es la mejor forma de gobierno. Ese estudio resumió las actitudes de los costarricenses señalando que “aunque inconforme con el funcionamiento de nuestra democracia en diferentes áreas, la población está bastante satisfecha con su vida; tiene una actitud positiva pero realista frente al cambio, el cual quiere que sea gradual y que resguarde ciertos valores considerados esenciales; es intolerante, con tendencias individualistas y bastante desconfiada de los demás, lo cual, podría conjeturarse, hace que tenga una visión negativa de la política y una gran reticencia a participar activamente en asociaciones y acciones colectivas, excepto cuando están muy claros los beneficios directos que podría obtener de ellas” (Gómez, 1998).

La medición del Barómetro de las Américas permitió capturar los cambios a lo largo del tiempo. El índice de apoyo al sistema consta de cinco ítems. En 1985, todos ellos alcanzaron el valor más alto que se tiene registrado. No obstante, “a partir de 1987 el apoyo decae en dos de esas variables; a partir de 1990 en tres; en 1995 ya son cuatro, y finalmente en 1999 las cinco variables conjuntamente experimentaron un declive en relación con sus valores de 1978” (Rovira, 2001). Esto significa que, contrario a lo que se piensa, el deterioro en el respaldo a la democracia no comenzó en el período 1994-1999, sino a partir de 1987, pues la caída en los indicadores se inició en

esa fecha y continuó de modo progresivo hasta 1999 (Seligson, 2001). Hoy se sabe que la disminución no se ha revertido y parece poco probable que ello ocurra. En síntesis, los estudios apuntan a que la erosión del apoyo al sistema ha drenado la reserva de legitimidad que la democracia costarricense tuvo en el pasado (Seligson, 2001).

Las implicaciones de este fenómeno son múltiples y variadas. Una de las más conocidas es el efecto en la participación electoral. La reducción en el apoyo al sistema político coincidió con la caída en la asistencia a las urnas que ha sido ampliamente analizada (Fournier et al., 1999; Raventós et al., 2005 y Alfaro Redondo, 2019b). Los expertos que han relacionado ambas reducciones, la de la legitimidad y la del sufragio, argumentan que en Costa Rica, cuando el apoyo es alto o intermedio, la mayoría de los ciudadanos vota, pero cuando es bajo la abstención aumenta (Seligson, 2001).

Dos trabajos poco referenciados por la literatura sobre Costa Rica, pero relevantes para el presente estudio, son el Informe *La democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanos y ciudadanas* (PNUD, 2004) y la investigación de Vargas Cullell sobre el apoyo a la democracia en Costa Rica (2005). Ambos utilizan un abordaje parecido, aunque se nutren de dos fuentes distintas: el PNUD emplea el Latinobarómetro 2002 y Vargas Cullell la medición de Lapop 2004, complementada por las series de Unimer y el Latinobarómetro. Aunque los resultados no son estrictamente comparables, usan baterías similares de preguntas, por lo que trabajan con conjuntos semejantes de actitudes políticas.

En el plano conceptual, ambos trabajos coinciden en afirmar que el apoyo al sistema va más allá de una preferencia abstracta por la democracia, y que involucra un complejo multidimensional de actitudes relacionadas con el respaldo a esta, frente a opciones provenientes de ámbitos normativos distintos. Así pues, el apoyo a un sistema político puede involucrar actitudes contradictorias y múltiples variantes. Los autores citados proponen el concepto de “orientaciones

hacia la democracia”, para denotar los patrones de actitudes que revelan posiciones distintivas de apoyo o rechazo al sistema. El PNUD habla de “demócratas”, “ambivalentes” y “autoritarios”; Vargas Cullell distingue a “apoyadores”, “delegativistas” y “no apoyadores”. A partir de este abordaje, los dos estudios realizan un análisis comparado sobre el apoyo a la democracia en América Latina, procurando determinar el arraigo de estas orientaciones en las ciudadanías de cada país y su asociación con las características sociodemográficas, las modalidades de participación en los asuntos públicos así como otras actitudes y creencias políticas.

Cabe señalar que el concepto de orientaciones a la democracia es similar al de “perfiles de apoyo” utilizado en este capítulo: ambos refieren a patrones multidimensionales de actitudes de apoyo o rechazo, y admiten que entre los polos opuestos existe una diversidad de posiciones intermedias, con distintos niveles y tipos de contradicciones con la democracia. La importancia teórica de estas orientaciones ambivalentes proviene de la formulación clásica de Juan Linz, sobre la caída de las democracias (1978): Linz planteaba que una democracia entra en serios problemas cuando la oposición desleal —empíricamente aproximada por PNUD y Vargas Cullell como la orientación “autoritaria” o “no apoyadora” — es capaz de sumar a sus filas a la oposición semileal —aproximada por la orientación “ambivalente” o “delegativa”—. En este sentido, ambas investigaciones constituyen un valioso antecedente.

Desde el punto de vista empírico, estos estudios hicieron dos aportes importantes. Por una parte demostraron que, detrás de un nivel promedio de apoyo a la democracia en un país, puede haber distintas distribuciones de esa preferencia (Vargas Cullell, 2005). Por otra, revelaron que entre 2002 y 2004, según la fuente de información empleada, las poblaciones con actitudes contradictorias hacia la democracia (los “ambivalentes” o “delegativistas”) estaban bastante extendidas, tanto en América Latina como en Costa Rica.

La gran limitación de estas investigaciones para los efectos del estudio de un

período de cuatro décadas como el que propone este capítulo, es que fueron una “fotografía” de la situación imperante a principios del siglo XXI. La medición de las orientaciones hacia la democracia basada en las actitudes políticas seleccionadas por esos trabajos no ha sido replicada posteriormente y, por tanto, tiene que ser descartada como punto de partida empírico para este análisis.

En resumen, si bien los estudios comentados han contribuido a entender los grandes cambios en la cultura política local en las últimas décadas, ninguno ha respondido un conjunto de interrogantes fundamentales: ¿cuál ha sido el impacto de la reducción en el apoyo al sistema político en los demócratas costarricenses?, ¿la cantidad de antidemócratas, ha ampliado la merma en la legitimidad política?, y ¿el respaldo de los demócratas al sistema, es igual ahora que en las últimas cuatro décadas? Para contestar estas preguntas se construyó una innovadora taxonomía, que se describe en el siguiente apartado.

### Conceptos, fuentes y métodos

La investigación que sirvió de base al presente capítulo desarrolló un análisis no tradicional de los estudios de opinión. En lugar de construir series de tiempo, la técnica se parece más a un “trabajo arqueológico” con las encuestas. En concreto, se elaboraron perfiles o tipos ideales (arquetipos) de apoyo a la democracia, comparables a lo largo del tiempo. El objetivo de esta metodología fue lograr una mejor “radiografía” de distintos tipos de ciudadanos en la actualidad, la forma en que piensan y viven la democracia, y comparar los grupos en el transcurso de cuatro décadas.

### Arquetipos: una taxonomía de los demócratas comparable en el tiempo

En este apartado se examina la naturaleza, la evolución y las transformaciones en el tiempo de una novedosa tipología, que clasifica a los individuos en un *continuum* que va desde los más fieles creyentes en la democracia, los que se

posicionan a mitad del espectro y los que se localizan en el otro extremo, es decir aquellos que muestran las más radicales conductas antisistema.

Para la construcción de la taxonomía de personas demócratas se utilizó la técnica de *Fuzzy Sets* y dos variables que miden pilares fundamentales de la convivencia política: el apoyo a la democracia y la tolerancia. Ambas se codificaron en una escala de 0 a 100, en la que, a mayor valor, mayor apoyo o tolerancia. Se usaron las encuestas del Barómetro de las Américas del período 1978-2018.

Para definir quién es un individuo con niveles altos en las dos variables se emplearon dos criterios excluyentes. En el caso del apoyo al sistema, el primer criterio fue que la persona obtuviera 25 puntos o más, de 35 posibles, en los cinco ítems que miden esta variable (b1, b2, b3, b4 y b6), cuya escala original varía de 1 (menor apoyo) a 7 (mayor apoyo). El segundo criterio es que el individuo registrara valores altos (como mínimo 5) en cuatro de los cinco ítems, aunque el puntaje del ítem restante (cualquiera de ellos) fuese menor. En otras palabras, pudo haber recibido una calificación baja en un único ítem de los cinco posibles.

Los individuos que cumplieron el primer criterio, 25 puntos como mínimo, pero no el segundo, es decir, tuvieron menos de cuatro ítems con un valor de 5 puntos en la escala de 1 a 7, fueron clasificados como de apoyo medio alto. Por otro lado, quienes alcanzaron menos de 25 puntos pero más de 10, se codificaron como de apoyo intermedio. Asimismo, los que obtuvieron un máximo de 10 puntos en los cinco ítems, y cuatro de las cinco preguntas con valores máximos de 2 puntos, se consideraron de apoyo medio bajo. Finalmente, los individuos cuyas respuestas a los cinco ítems alcanzaron como máximo 10 puntos y en cuatro de ellas sus puntajes fueron inferiores a 2, se catalogaron como de apoyo bajo.

En el ámbito de la tolerancia política se aplicó un procedimiento similar, aunque con algunas particularidades propias de este índice de variables (d1, d2, d3 y d4). Específicamente, un individuo considerado como de alta tolerancia es aquel que obtuvo 28 puntos o más de

40 posibles en los cuatro ítems, según el primer criterio, y puntajes mayores a 7 en una escala de 0 a 10 en tres de los cuatro ítems, utilizando el segundo criterio. Los que recibieron 28 puntos o más, pero no alcanzaron puntuaciones mayores a 7 en tres de los cuatro ítems, se consideraron de tolerancia media alta. Por otra parte, los que consiguieron entre 12 y menos de 28 puntos se clasificaron como de tolerancia intermedia. Los que tuvieron un máximo de 12 puntos de 40 posibles en los cuatro ítems mencionados y menos de tres de esas variables con valores menores a 3 puntos, se catalogaron como de apoyo medio bajo. Por último, los individuos cuyas respuestas a los cuatro ítems alcanzaron valores menores a 12 puntos se consideraron de baja tolerancia. El cuadro 5.1 resume los criterios usados para la clasificación.

### Concepto de perfiles de apoyo a la democracia

Tradicionalmente, los estudios de cultura política se han centrado en el análisis de series de tiempo de datos comparables en temas puntuales. El Barómetro de las Américas, el Latinobarómetro y, en Costa Rica, los estudios del Centro de Investigación y Estudios Políticos (CIEP-UCR), de las firmas encuestadoras Unimer (1993-2014), CID-Gallup (1978 a la fecha), Borge y Asociados o de Garita y Poltronieri en los años noventa, han contribuido al conocimiento de los principales rasgos de la opinión y las preferencias de la ciudadanía. Sin embargo, el énfasis de esos trabajos ha sido recabar evidencia empírica sobre los avances y retrocesos de la cultura política en general. Es decir, se conocen bien los síntomas del fenómeno de apoyo a la democracia, pero se sabe muy poco sobre la evolución en el tiempo de los perfiles de apoyo y sus potenciales implicaciones para la estabilidad democrática. Este capítulo pretende ser un aporte para llenar ese vacío.

El punto de partida del estudio es el concepto de perfil de apoyo a la democracia. Este último se entiende como un patrón específico de actitudes (o síndrome de actitudes) con respecto a la aceptación de la democracia como sistema de gobierno. Un perfil no es un listado de

### Cuadro 5.1

#### Criterios para la clasificación de los individuos en la taxonomía de personas demócratas

Dimensión y nivel	Primer criterio	Segundo criterio
<b>Apoyo al sistema</b>		
Alto	25 puntos	4 de 5 ítems con puntajes mayores a 5
Medio alto	25 puntos	Menos de 4 ítems con puntajes mayores a 5
Intermedio	Más de 10, pero menos de 25 puntos	
Medio bajo	10 puntos	4 de 5 ítems con puntajes menores a 2
Bajo	Menos de 10	Menos de 4 ítems con puntajes menores a 2
<b>Tolerancia</b>		
Alto	28 puntos	3 de 4 ítems con puntajes mayores a 7
Medio alto	28 puntos	Menos de 3 ítems con puntajes mayores a 7
Intermedio	Más de 12, pero menos de 28 puntos	
Medio bajo	12 puntos	3 de 4 ítems con puntajes menores a 3
Bajo	Menos de 12	Menos de 3 ítems con puntajes menores a 3

Fuente: Alfaro Redondo, 2019b.

actitudes sobre la democracia (algunas a favor y otras en contra), sino una aproximación a modos de pensar sobre ella que concatenan una serie de actitudes políticas y definen un tipo característico de apoyo (o rechazo) al sistema político. En ese sentido, está emparentado con el concepto de orientaciones a la democracia empleado por el PNUD (2004) y Vargas Cullell (2005). No obstante, en este trabajo la manera de construir un perfil y las variables utilizadas son muy distintas.

Al definir sus posiciones acerca de la democracia, las personas pueden tener actitudes muy diferentes. Algunas pueden adoptar invariablemente posiciones de respaldo al sistema, tanto en un plano general como en asuntos más particulares, como su defensa frente a intentos de desestabilizarlo, el apoyo al Estado de derecho, a partidos democráticos, entre otros aspectos. Otras, por el contrario, pueden ser opositoras sistemáticas y en todos los casos preferir un régimen autoritario, fuerzas y valores políticos antidemocráticos. Sin embargo, muchos pueden no ubicarse en estas posiciones extremas y evidenciar grados de contradicción, ya sea con la democracia o con alternativas autoritarias.

Para determinar la referencia normativa del apoyo ciudadano a la democracia, en este capítulo se entiende, específicamente, que se está hablando de apoyo a la democracia representativa liberal (Dahl, 1971 y 1989; Sartori, 1987). Este es el tipo de sistema al que pertenecen las democracias modernas que surgieron durante los siglos XIX y XX, y que también comparte la democracia costarricense. Se trata de un régimen político que combina dos características clave: i) ciudadanía eligen a los gobernantes en elecciones libres, limpias, reiteradas y decisivas, y quedan electos quienes logran la mayor cantidad de votos (la mayoría o la primera minoría), y ii) las mayorías respetan los derechos de las minorías y existe un entramado de normas e instituciones, el Estado democrático de derecho (O'Donnell, 2010), que se encarga de tutelar los derechos de todos, en especial de las minorías, y de asegurarse que los gobernantes estén subordinados a la ley.

Una persona que apoya a un sistema así, respalda de manera simultánea el mecanismo democrático para elegir gobierno (apoya el sistema expresando su confianza en él) y acepta que los demás, en especial los grupos minoritarios y



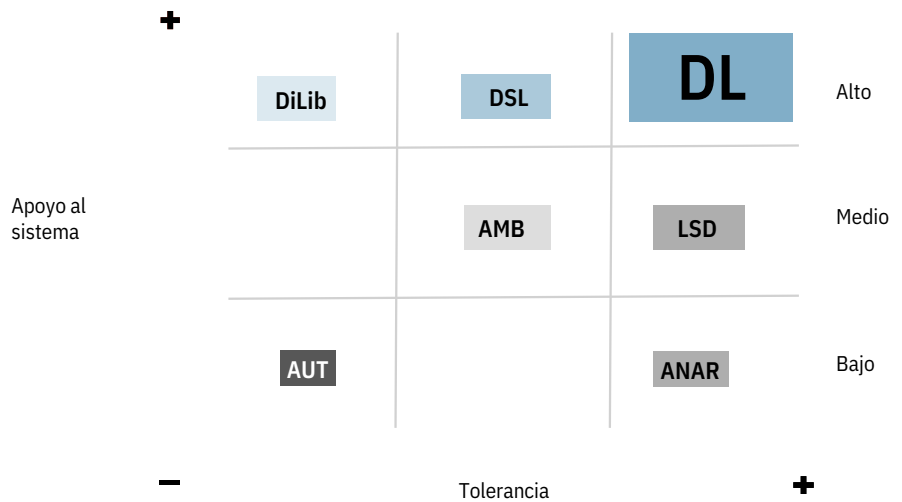
los individuos cuyo pensamiento más le disgusta, tienen derechos que deben ser protegidos. Esto último, la tolerancia política con respecto a quienes piensan distinto, la ejercen no necesariamente como una virtud, sino por cálculo: puede ser que en un futuro ella, o las personas que piensan de modo similar, se encuentren en minoría y no desea que la mayoría las persiga (O'Donnell, 2004). Quien apoya la democracia representativa liberal, o democracia liberal a secas, apoya pues al sistema y ejerce la tolerancia política.

En la práctica, sin embargo, las personas pueden tener actitudes muy distintas. Si se piensa en las dos dimensiones comentadas, hay grupos de individuos que respaldan con fuerza el sistema y la tolerancia política. Estos son los *demócratas liberales*, que se representan de manera ilustrativa en la esquina superior derecha del gráfico 5.1. En el otro extremo están las personas que rechazan tanto el sistema democrático como el ejercicio de la tolerancia, los *autoritarios* o *anti-demócratas* (esquina inferior izquierda del gráfico). A partir de estas posiciones extremas puede haber toda suerte de combinaciones. El apoyo al sistema no tiene un comportamiento binario, es decir, no es un asunto de apoyo total o rechazo total, sino que tiene diversas intensidades. Lo mismo ocurre con la tolerancia política: no solo existen el tolerante perfecto y el perfecto intolerante, sino que hay grados de (in)tolerancia. Cuando se observan ambas dimensiones de manera integrada, la cuestión de las intensidades crea todo tipo de combinaciones posibles. Ello se ha querido representar con las posiciones de los *demócrata semiliberales*: niveles intermedios de apoyo al sistema y de tolerancia; los *demócratas "iliberales"*: alto apoyo al sistema y baja tolerancia, y los *anarquistas*: bajo apoyo al sistema y alta tolerancia.

En principio, puede haber tantas combinaciones de grados de apoyo al sistema y tolerancia política como personas. No obstante, como se verá en el próximo apartado, es posible aplicar métodos para agrupar a las personas de acuerdo con patrones característicos de actitudes en estas dos dimensiones. Por ahora baste

Gráfico 5.1

Esquema conceptual de los perfiles de apoyo<sup>a/</sup> a la democracia liberal



a/ DL: demócratas liberales; DSL: demócratas semiliberales; DiLib: demócratas "iliberales"; LSD: liberales semidemócratas; AMB: ambivalentes; ANAR: anarquistas; AUT: autoritarios. Fuente: Alfaro et al., 2019.

indicar que esas agrupaciones deben estar políticamente ancladas, es decir, deben ser capaces de reunir a las personas con ideas similares sobre la conveniencia o no de la democracia y separar a aquellas que tienen ideas distintas.

Con esta conceptualización sencilla, pero teóricamente anclada, se logra observar y estudiar grupos que no habían sido detectados anteriormente. En ese sentido, gracias a este aporte conceptual, hoy se cuenta con una mejor taxonomía de los individuos según sus actitudes hacia la democracia a lo largo de cuatro décadas. Esta contribución además tiene dos ventajas estratégicas. La primera es que es un esfuerzo al que se le puede dar continuidad, y la segunda es que puede ser replicado en los demás países del continente sin necesidad de adaptaciones locales o temporales, es decir, esta idea puede viajar a otras democracias que dispongan de los mismos datos.

Actitudes políticas seleccionadas para medir perfiles de apoyo

La supervivencia de una democracia implica que se garanticen dos principios fundamentales: por un lado, que la convivencia es regulada por la plena aceptación de las reglas e instituciones del sistema, que es lo que se conoce como legitimidad de la democracia; por otro lado, que la comunidad política en su conjunto respete los derechos de los demás, en particular los de aquellos con los que no se está de acuerdo, es decir, que exista tolerancia política (Lapop, 2017). De este modo, la estabilidad en una democracia depende de la combinación de alta legitimidad y alta tolerancia o de que, al menos, los dos principios no se erosionen significativamente, pues el binomio baja legitimidad/baja tolerancia pone en riesgo la estabilidad del sistema.

Dado que el apoyo al sistema y la tolerancia cumplen un rol central en la cultura política, los perfiles de apoyo

a la democracia construidos para este Informe se basan en dos índices desarrollados hace varias décadas por el profesor Mitchell Seligson y muy utilizados en la investigación empírica sobre el tema. En el caso del apoyo al sistema, el índice se elabora a partir de cinco ítems que miden de manera muy confiable una misma dimensión. Las preguntas están formuladas para indagar el grado de orgullo y confianza de las personas en una serie de instituciones. Se trata de una medida indirecta del respaldo al sistema, que evita la carga semántica implicada en las consultas directas que emplean la palabra “democracia”. En el caso de la tolerancia política se utilizan cuatro ítems que indagan sobre la aceptación del derecho de expresarse o hablar mal del gobierno que tienen las personas que piensan distinto (recuadro 5.1)

Esta selección de variables es considerablemente más robusta que la empleada por PNUD (2004) y Vargas Cullerell (2005), estudios que, como se ha dicho, constituyen los antecedentes más directos en la investigación empírica de perfiles sobre apoyo y rechazo a la democracia en América Latina. En esos trabajos, algunas de las variables empleadas no alcanzaban niveles de confiabilidad suficientes para medir en forma adecuada las dimensiones requeridas.

La fuente de información fueron las diecisiete encuestas del Barómetro de las Américas, efectuadas en Costa Rica entre 1973 y 2018, es decir, durante un período de 45 años. Todas ellas fueron domiciliarias. Al inicio de la serie temporal las muestras de las encuestas representaban a distintos segmentos de la población (cuadro 5.2). El PEN tuvo acceso a las versiones originales de los cuestionarios y las bases de datos de cada uno de esos estudios de cultura política.

### Cambiaron los perfiles de apoyo a la democracia en cuatro décadas

Este apartado plantea que detrás de las tendencias globales de la preocupante erosión del apoyo ciudadano a la democracia y los puntajes promedio, hay maneras muy distintas de pensar y de vivir la democracia. Para capturar esa

#### Recuadro 5.1

### Variables utilizadas en el estudio sobre perfiles de apoyo a la democracia

Para medir el respaldo de la ciudadanía a la democracia y la tolerancia política se utiliza un conjunto de variables incluidas en los estudios de opinión pública del Barómetro de las Américas. Los siguientes son los ítems empleados para estudiar cada dimensión:

#### Ítems de apoyo a la democracia

Los ítems adquieren valores en una escala entre 1 (“nada”) y 7 (“mucho”). Estos son:

- B1. ¿Hasta qué punto cree usted que los tribunales de justicia de Costa Rica garantizan un juicio justo?
- B2. ¿Hasta qué punto tiene usted respeto por las instituciones políticas de Costa Rica?
- B3. ¿Hasta qué punto cree usted que los derechos básicos del ciudadano están bien protegidos por el sistema político Costa Rica?
- B4. ¿Hasta qué punto se siente usted orgulloso de vivir bajo el sistema político Costa Rica?
- B6. ¿Hasta qué punto piensa usted que se debe apoyar al sistema político Costa Rica?

#### Ítems de tolerancia

Por su parte, los ítems utilizados para medir la tolerancia política se ubican en una escala que varía entre 1 (“desaprueba firmemente”) y 10 (“aprueba firmemente”):

- D1. Hay personas que siempre hablan mal de la forma de gobierno de Costa Rica, no solo del gobierno de turno, sino del sistema de gobierno, ¿con qué firmeza aprueba o desaprueba usted el derecho de votar de esas personas?
- D2. ¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba usted que estas personas puedan llevar a cabo manifestaciones pacíficas con el propósito de expresar sus puntos de vista?
- D3. ¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba usted que estas personas puedan postularse para cargos públicos?
- D4. ¿Con qué firmeza aprueba o desaprueba usted que estas personas salgan en la televisión para dar un discurso?

En ambos casos, se crea un índice compuesto que fluctúa entre 0 y 100, donde los valores más bajos se refieren a menor apoyo y menor tolerancia, y viceversa.

Fuente: Encuesta “Barómetro de las Américas”, Lapop 2018.

diversidad, se construyó una taxonomía de veinticinco perfiles de demócratas y antidemócratas. Esta es la primera vez que se emprende un esfuerzo de esta naturaleza. La clasificación es lo suficientemente depurada como para observar sutiles pero sustantivas diferencias entre los grupos.

En la taxonomía hay una rica combinación de arquetipos clásicos, como los *autoritarios*, los *anarquistas*, los *demócratas liberales* y otros segmentos que no han sido examinados hasta ahora, tales como

los *demócratas semiliberales* y los *liberales semidemócratas*. Es precisamente esta combinación de perfiles tradicionales e innovadores lo que le da una enorme riqueza a este aporte. A continuación se describen los arquetipos y su evolución.

Para simplificar la descripción y análisis de los resultados, se seleccionaron siete de los veinticinco perfiles creados (cuadro 5.3), con base en dos criterios: en primer lugar, que la naturaleza de los grupos sea determinante para entender qué piensan los ciudadanos de la democracia; en

## Cuadro 5.2

Representatividad de las muestras en las encuestas  
Barómetro de las Américas

Año de la encuesta	Representatividad de la muestra	Tamaño de la muestra
1973	Muestra de campesinos en 66 comunidades rurales	531
1978	Meseta Central (San José, Heredia y Cartago)	201
1980	Zonas urbanas del Valle Central (San José, Alajuela, Heredia y Cartago)	280
1983, 1985, 1990 y 1995	Gran Área Metropolitana (San José, Alajuela, Heredia y Cartago)	1983: 501 1985: 506 1990: 597 1995: 505
1976, 1987 y 1999-2018	Nacional	1976: 1.707 1987: 927 1999: 1.428 2002: 1.016 2004-2010: 1.500 2012: 1.498 2014: 1.537 2016: 1.514 2018: 1.501

Fuente: Encuesta “Barómetro de las Américas”, Lapop 2018.

## Cuadro 5.3

## Arquetipos de democracia seleccionados

Arquetipo	Apoyo al sistema	Tolerancia
Demócratas liberales (DL)	Alto	Alta
Demócratas semiliberales (DSL)	Alto	Media
Demócratas “iliberales” (Dilib)	Alto	Baja
Liberales semidemócratas (LSD)	Medio	Alta
Ambivalentes (AMB)	Medio	Media
Anarquistas (ANAR)	Bajo	Alta
Autoritarios (AUT)	Bajo	Baja

Fuente: Alfaro Redondo, 2019b.

segundo lugar, que el tamaño de los grupos cubra una proporción significativa de la totalidad de perfiles observados.

Los *demócratas liberales* son lo que podrían considerarse “los demócratas perfectos”, pues tienen los niveles más altos de tolerancia y de apoyo al sistema.

Son personas que, en todos los asuntos consultados, dan respuestas favorables a la democracia. Si en una sociedad predomina este grupo, la supervivencia de la democracia está fuertemente resguardada. En el extremo opuesto se ubican los *autoritarios*, cuya mezcla de bajo apoyo al

sistema y baja tolerancia es la peor combinación posible para la estabilidad política. En el medio se ubican grupos cuyas actitudes privilegian más el sistema que la convivencia, o al revés. Enseguida se discuten los cambios experimentados por los demócratas en Costa Rica a lo largo de cuatro décadas y sus implicaciones.

En 2018, un tercio de los ciudadanos costarricenses era *ambivalente*. Estas son personas descontentas con la política y de tolerancia intermedia; es decir, son una especie de “demócratas a medias”. Tienen opiniones ambiguas, si no contradictorias, con respecto a la democracia y sus opiniones son consistentes con concepciones delegativas del sistema político, es decir, afines a un régimen en el que los ciudadanos participan como audiencias pasivas (O’Donnell, 1994). Además, uno de cada cinco costarricenses es *demócrata semiliberal*, lo cual significa que combina un alto apoyo al sistema con una tolerancia media de las diferencias sociales. Entre estos dos grupos concentran casi la mitad de la población (46%). Les siguen los *liberales semidemócratas* (14%), que privilegian la tolerancia versus el apoyo al sistema, y los *demócratas liberales* (12%), que como se ha dicho son los demócratas ideales.

Por otra parte, los *demócratas “iliberales”*, entre quienes prevalece el apoyo al sistema más que la tolerancia, los *autoritarios* y los *anarquistas* reúnen, en conjunto, tan solo el 4% de la ciudadanía. Los *autoritarios* son personas que en todos los asuntos consultados expresan opiniones contrarias a la democracia y prefieren un régimen autoritario a uno democrático.

Teniendo en cuenta los datos hasta 2018, cabe preguntar: ¿constituye la distribución de los demócratas y los anti-demócratas un riesgo para la estabilidad política? Una lectura simplista de esta información enciende las alertas debido a la baja proporción de *demócratas liberales* y la fuerte presencia de *ambivalentes*. Sin embargo, esta conclusión es prematura si no se examina la evolución histórica de estos perfiles. Bien podría ser que la prevalencia de *ambivalentes* haya sido una constante a lo largo del tiempo, y que la disminución en el apoyo a la democracia

sea producto de otros factores. En este sentido, interesa saber no solo cómo han cambiado estos grupos, sino también si la intensidad con la que respaldan o se oponen a la democracia ha sufrido modificaciones significativas. En otras palabras, el énfasis está en la composición de los perfiles y sus variaciones, por un lado, y en la forma en que los grupos apoyan el sistema político, por el otro.

Los cambios en la composición de los demócratas y en la intensidad de sus apoyos tienen profundas repercusiones. En un escenario ideal para la estabilidad política, los demócratas son mucho más que los antidemócratas y su apoyo al sistema es suficientemente alto para soportar *shocks* o embates externos. En estas circunstancias, las fuerzas o grupos capaces de desestabilizar el sistema son de pequeña magnitud y su oposición a la democracia se manifiesta en el plano social, pero se mantiene contenida.

No obstante, los dos aspectos mencionados pueden variar con el tiempo y manifestarse de tres maneras. La primera es si la proporción de demócratas disminuye de modo considerable y el vacío es llenado por fuerzas antisistema que se fortalecen. En otro escenario, podría haber alteraciones en la forma en que los distintos grupos apoyan o se oponen a la democracia, es decir, transformaciones en la intensidad del apoyo o rechazo al sistema. Por ejemplo, si bien el grupo de autoritarios puede ser pequeño en cantidad, su oposición a la democracia puede haber aumentado con el tiempo. También una reducción en el número de demócratas podría, eventualmente, ser compensada por el hecho de que estos mismos actores incrementen o mantengan la intensidad con que respaldan el sistema. Por último, una tercera manifestación de cambio es aquella en la que se combinan, al mismo tiempo, variaciones

radicales en la composición de los perfiles y en las intensidades del apoyo-rechazo. Este contexto tiene el potencial para desestabilizar la convivencia democrática y puede ser devastador para cualquier régimen político.

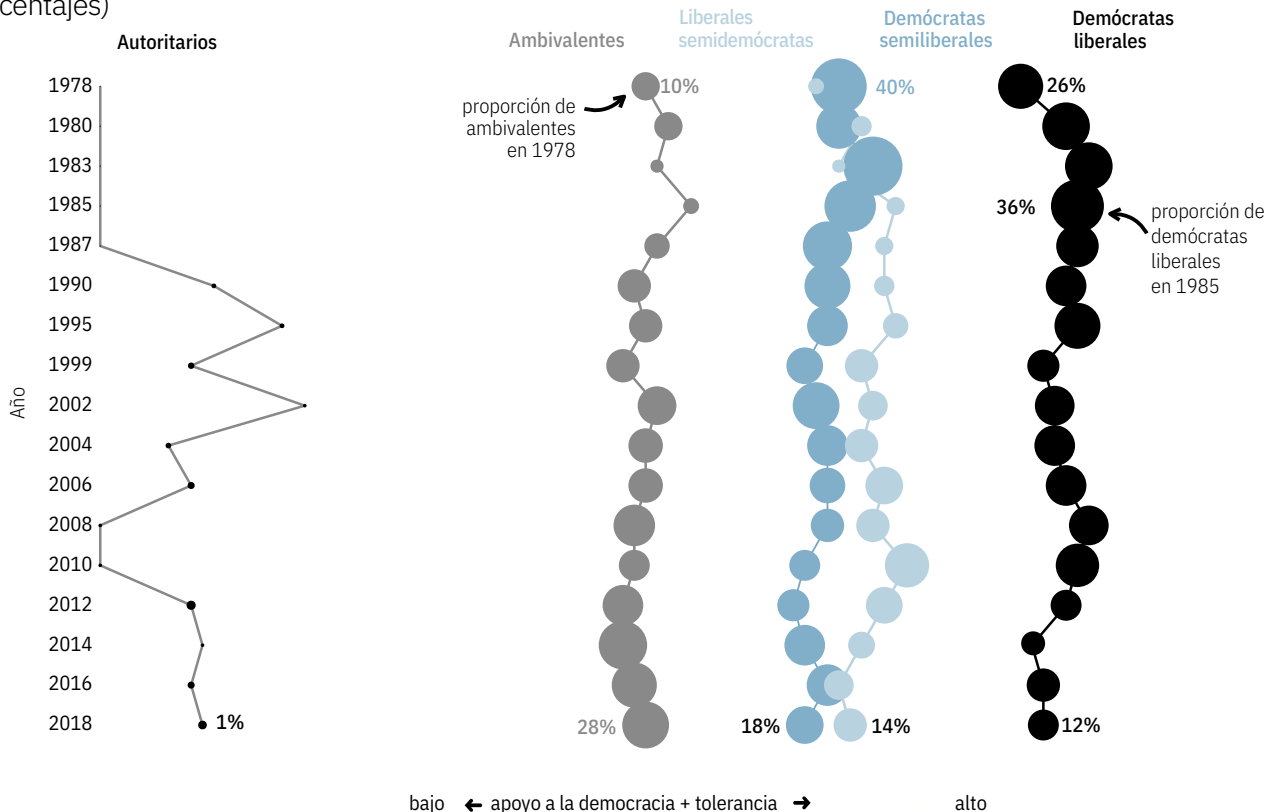
Entonces, la interrogante clave es: ¿cómo han evolucionado en las últimas cuatro décadas los grupos identificados? En 1978, cuatro de cada diez costarricenses eran *demócratas semiliberales* y uno de cada cuatro era *demócrata liberal*. Esto significa que estos dos arquetipos aglutinaban a dos terceras partes de la ciudadanía (66%). El tercer segmento de relevancia era el de los *ambivalentes*, pero con un lejano 10% de la población. Por su parte, los *liberales semidemócratas* y los *demócratas “iliberales”* concentraban un 9%. Finalmente, en esa época ninguna persona se identificaba como *autoritaria* o *anarquista*.

Como se aprecia en el gráfico 5.2,

Gráfico 5.2

**Evolución de los principales tipos de demócratas en Costa Rica. 1978-2018**

(porcentajes)



Fuente: Gómez Campos, 2019, con datos de la Encuesta “Barómetro de las Américas”, Lapop 2018.

en cuarenta años la composición de los demócratas y antidemócratas experimentó cambios de gran magnitud y calado. El análisis de largo plazo apunta a que, a finales de los años setenta, durante los ochenta y hasta 1999, la sociedad costarricense estaba compuesta por grupos mayoritarios de *demócratas semiliberales* y *demócratas liberales*. Por esta razón, cualquier factor exógeno (crisis económica de los ochenta y guerras en Centroamérica) que en ese período pusiera en riesgo la estabilidad democrática provocaba un aumento de la legitimidad del sistema. Sin embargo, en las dos primeras décadas del presente siglo la sociedad transitó, gradual pero progresivamente, hacia una comunidad de *ambivalentes* y *demócratas semiliberales*, combinados con grupos de *liberales semidemócratas* y *demócratas liberales* de similares proporciones.

Así, la fuga de quienes en el pasado se clasificaban como un tipo de demócrata distinto al que los define en la actualidad, hizo que estos pasaran a engrosar un sector del espectro que era menos dominante anteriormente. Una descripción de los cambios perfil por perfil ayuda a comprender la dirección y magnitud de las variaciones entre grupos. En términos generales, los *demócratas liberales* hoy son menos que en el último cuarto del siglo XX, período en el cual fueron el segundo grupo más importante. Cabe señalar que, según la evidencia recabada, este nunca ha sido el segmento más numeroso de la población. Los *demócratas semiliberales* también son menos en la actualidad y constituyen el grupo que sufrió la mayor pérdida de ciudadanos entre los siete perfiles estudiados; pasaron de ser el grupo de mayor adhesión en 1978, al segundo en importancia en 2018. A su vez, los *liberales semidemócratas* muestran un comportamiento oscilante: a inicios de siglo tuvieron un repunte, pero disminuyeron una década después. El arquetipo ganador neto en estas modificaciones es el de los *ambivalentes*. Este grupo se multiplicó por tres en cuatro décadas (pasó del 10% al 28%), debido a que absorbió las salidas de los otros perfiles. Por otro lado, el grupo de los *demócratas “iliberales”* tuvo un ligero

avance en los años ochenta, pero luego cayó a su nivel más bajo en 2018. Los dos arquetipos restantes, los *anarquistas* y los *autoritarios*, no han superado el 1% de la distribución en cuatro décadas.

En síntesis, lo que ocurrió en estos cuarenta años es que se desplazó el centro de gravedad de la composición de los demócratas. A finales del siglo XX los perfiles dominantes poseían como atributos un alto apoyo al sistema y niveles intermedios de tolerancia política. Esa era sin duda una combinación muy favorable para la democracia, pues ante amenazas externas la reserva de legitimidad se activaba, y fortalecía el respaldo de la población al sistema político. Sin embargo, al finalizar la segunda década del siglo XXI, el perfil de los demócratas se ha movido desde los tradicionales niveles altos a valores intermedios en la dimensión de apoyo al sistema, pero ha mantenido los mismos grados de tolerancia (valores medios). En otras palabras, la legitimidad de la democracia entre los costarricenses ha decrecido de alta a media, al tiempo que la tolerancia se mantiene en los niveles medios que han sido usuales.

Sabiendo ya que algunos grupos de demócratas se hicieron más pequeños y otros crecieron, es momento de examinar si además de los cambios en la composición hubo transformaciones en la intensidad del apoyo a la democracia. En otras palabras, interesa saber si además de cambios en los tamaños entre grupos, hubo modificaciones a lo interno de cada perfil; concretamente, por ejemplo, si la disminución reportada de la proporción de los demócratas liberales fue acompañada por una reducción de su apoyo a la democracia.

Una primera mirada a las percepciones ciudadanas imperantes en 2018 indica que para el 83% de los *demócratas liberales* la democracia es mejor que cualquier otra forma de gobierno, en contraste con el 67% reportado por los *ambivalentes*. En 2002 esos mismos indicadores eran de 87% y 71%, en cada caso. Ahora bien, esa preferencia —que dicho sea de paso no ha tenido grandes variaciones— no necesariamente implica un firme apoyo a la democracia; muchas personas que dicen preferirla frente a otros regímenes tienen

actitudes poco democráticas en relación con diversos temas sociales.

La información recabada apunta a que, en los cuarenta años estudiados, hubo variaciones marginales (disminuciones o incrementos leves) en los promedios de apoyo a la democracia en cada uno de los siete arquetipos analizados. Esto quiere decir que, independientemente de los cambios en el tamaño de los grupos, sus grados de adhesión a la democracia han sido constantes. Este hallazgo lleva a dos conclusiones importantes. Por un lado, el hecho de que el apoyo a la democracia no varíe de manera significativa con el paso de los años, es señal de que los criterios para clasificar a los individuos en los grupos tienen la robustez suficiente y permiten la comparación. En segundo lugar, a pesar de que algunos de estos arquetipos difieren entre sí, en varios casos sus niveles de legitimidad no son tan distintos. Es decir, las diferencias en las actitudes de algunos perfiles son pequeñas y de poca relevancia y, en el caso de los *ambivalentes*, no se inclinan, por el momento, hacia uno u otro lado del espectro. A modo de ilustración, el respaldo al sistema de los *demócratas semiliberales* y los *liberales semidemócratas* es muy similar. Los *demócratas “iliberales”* y los *anarquistas* están en situaciones parecidas (cuadro 5.4). De este modo, es poco probable, aunque posible, que un individuo se desplace de un extremo a otro. Es mayor la probabilidad de que los cambios se den entre perfiles más cercanos entre sí. Hay evidencia de que algo así ha estado sucediendo en la sociedad costarricense.

Lo anterior contradice la idea generalizada de que en Costa Rica la democracia es un asunto de grupos con posiciones extremas (los demócratas versus los antisistema). En realidad, uno de los hallazgos de este análisis es que no hay pocos arquetipos de demócratas, sino una amplia variedad de estos, cuyas manifestaciones y repercusiones también difieren. En virtud de ello, cobra relevancia saber cómo son los demócratas costarricenses desde el punto de vista sociodemográfico y cuáles son sus actitudes políticas, tema del que se ocupa el siguiente apartado.

## Cuadro 5.4

## Niveles promedio de apoyo a la democracia entre perfiles de demócratas

Arquetipo	Promedio nivel de apoyo Escala de 0 a 100
Demócratas liberales	85
Demócratas semiliberales	66
Demócratas “iliberales”	47
Liberales semidemócratas	68
Ambivalentes	48
Anarquistas	38
Autoritarios	6

Fuente: Alfaro Redondo, 2019a.

## Bases sociales y actitudes políticas de los demócratas

Sabiendo ahora que ha habido cambios significativos en la composición de los demócratas o antidemócratas, mas no en sus niveles de apoyo o rechazo al sistema, resulta pertinente indagar cuáles son los atributos sociodemográficos y las actitudes políticas característicos de los distintos tipos de demócratas y, especialmente, si esas características han variado con el tiempo. Para analizar las actitudes políticas se crearon escalas de 0 a 100 en los ámbitos de ideología, participación electoral y evaluación del gobierno, en las que los valores más altos se refieren a ideología de derecha, mayor concurrencia a las urnas y una mejor valoración gubernamental.

Si se produjeron cambios en la composición de los perfiles, es de esperar que estos se reflejen en sus características sociales y políticas. La gran interrogante es: ¿qué tan diferentes, social y políticamente, son estos tipos de demócratas con el paso de los años? Si la respuesta es que no son tan distintos, se estaría en presencia de un reacomodo de los grupos de la tipología, pero no de los individuos que los componen. En otras palabras, sería fundamentalmente un cambio cuantitativo. Por el contrario, si se comprueba que los ciudadanos que pertenecen a los perfiles examinados son muy diferentes hoy en comparación con

el pasado, habría evidencia de que, además de una recomposición de los grupos de la taxonomía, también ocurrió una transformación demográfica de los individuos dentro de esos perfiles. Es decir, habría un cambio cuantitativo y cualitativo de la democracia costarricense y de sus demócratas.

En términos generales, la base social de los perfiles es heterogénea, es decir, los individuos que exhiben un perfil determinado no pertenecen mayoritariamente a un grupo o clase social. En particular, la composición social de los demócratas muestra dos rasgos: i) el apoyo al sistema se arraiga de modo disparado en los distintos sectores sociales y, ii) esa composición ha tenido más variaciones relacionadas con los cambios demográficos que con grandes transformaciones de sus miembros.

En concreto, se observan las siguientes relaciones (gráfico 5.3). Entre los *demócratas liberales* las características dominantes en 2018 son: hombres, mayores de 55 años, con educación universitaria y residentes de zonas urbanas. En 1983 este grupo lo conformaban predominantemente mujeres y menores de 34 años. En lo que respecta al ámbito político, su ideología es más de derecha, aunque en 2018 un poco menos que en 1983 (73 versus 58); su participación electoral más allá del voto se ha reducido y la evaluación del gobierno se ha deteriorado.

Los *liberales semidemócratas* y los

*demócratas semiliberales* de 1983 y 2018 son muy consistentes. En el primer grupo predominan, en ambos momentos, personas de entre 34 y 54 años y quienes tienen formación universitaria. El único cambio reportado es una mayor proporción de hombres en 2018. En el ámbito político su ideología es de izquierda, se ha reducido su concurrencia a las urnas y su involucramiento en campañas, pero su evaluación del gobierno no ha variado sustancialmente. En cuanto a los *demócratas semiliberales*, sobresalen los ciudadanos mayores de 55 años (en 1983), los menores de 34 (en 2018) y los que tienen nivel educativo de primaria. Sus preferencias ideológicas son de derecha, aunque atenuadas en 2018, y sus opiniones sobre la gestión del gobierno no se han alterado.

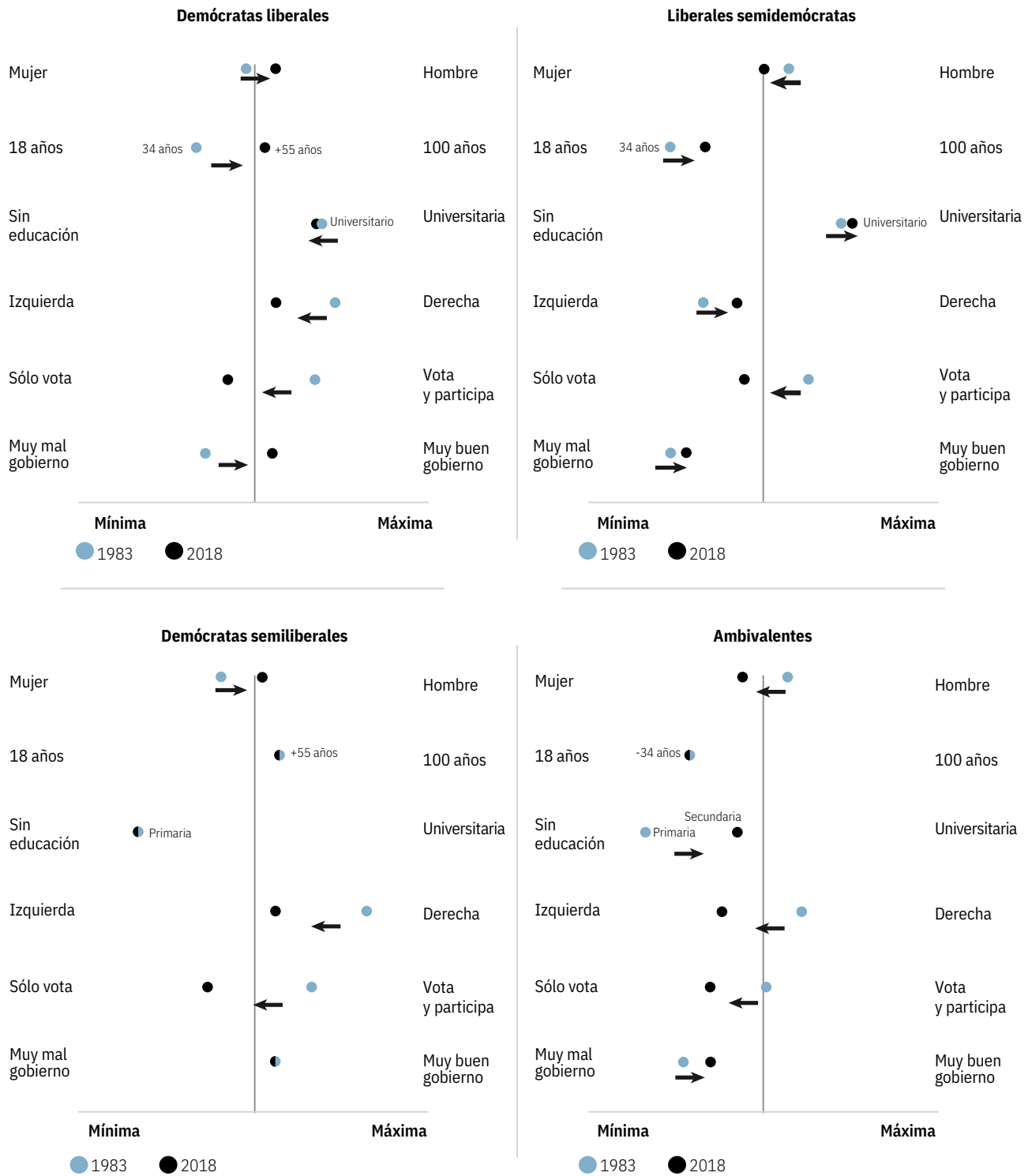
Finalmente, entre los *ambivalentes* dominaban los hombres en 1983, pero en 2018 sobresalieron las mujeres. Asimismo, en 1983 y 2008, prevalecían los menores de 34 años. Por su parte, en 1983 sobresalían los individuos con educación primaria, mientras que en 2018 los que poseen estudios secundarios. La ideología de estos individuos es de derecha, aunque menos pronunciada en 2018 que en 1983. Su participación electoral ha declinado, pero su evaluación de la gestión gubernamental no ha cambiado. En el siguiente apartado se explora la relación entre los perfiles de los demócratas y los “mitos fundacionales” de la democracia costarricense.

## Arquetipos con mayor afinidad democrática puntúan más alto en mitos políticos

Tal como planteó la *Auditoría ciudadana sobre la calidad de la democracia* hace casi veinte años (PEN, 2001), en su inmensa mayoría, los habitantes del país no se conocen entre sí, viven en pueblos y ciudades asentados en diversas regiones, tienen estilos de vida distintos y pertenecen a diferentes clases sociales y grupos étnicos. Sin embargo, los integrantes de esta cada vez más compleja y diferenciada sociedad se siguen reconociendo como “costarricenses”. Esta identidad nacional supone que las personas son capaces de

Gráfico 5.3

Comparación de las características sociales y actitudes políticas de los arquetipos de demócratas



Fuente: Alfaro Redondo, 2019a, con datos de la Encuesta "Barómetro de las Américas", Lapop 2018.

## Recuadro 5.2

### Mitos políticos

En el marco del capítulo especial sobre descontento ciudadano del *Informe Estado de la Nación* publicado en 2016, se indagó acerca de la adhesión a tres creencias: la visión compartida por la mayoría de la población de que, a pesar de los serios problemas que enfrenta, la sociedad costarricense es una comunidad libre y democrática, pacífica y protectora del medio ambiente. En aquella oportunidad, se encontró que, en ausencia de esas creencias o mitos, o incluso en un escenario de debilitamiento de estos, es de esperar que la insatisfacción ciudadana se profundice y emerjan riesgos manifiestos para la estabilidad democrática.

En este capítulo se mide la relación entre los perfiles de demócratas y su adhesión a los mitos mediante la agrupación de tres variables según las cuales el país es libre y democrático, pacífico y protector de la naturaleza. Todas ellas se miden en una escala de 0 a 10, en la que los valores iguales a 10 reflejan la mayor aprobación a los mitos, y los valores iguales a 0, lo contrario.

identificar elementos que las unen como partes de una comunidad que está por encima de las diferencias locales, sociales, políticas y étnicas. Sin esa identidad, por abstracta que sea, el funcionamiento del país como un Estado nacional sería muy difícil, puesto que la población no concedería legitimidad a los gobernantes y las instituciones públicas, y tendría dificultades para aceptar su autoridad.

Toda sociedad tiene una imagen de sí misma, que moldea su identidad. La identidad es relevante porque tiene un efecto político concreto: hace que individuos desiguales asuman que tienen lazos que los unen y los hacen formar parte de un colectivo común. Las personas desarrollan una identidad colectiva como nación, con sentimientos de pertenencia y lealtad al Estado que reclama, dentro de las fronteras territoriales, el monopolio de la autoridad. Ello plantea la existencia de una “comunidad puramente política”

## Cuadro 5.5

### Promedio de aprobación de los mitos fundacionales, según arquetipos de demócratas

Arquetipo	País libre y democrático	País pacífico	País protector de la naturaleza
Demócratas liberales	8,0	7,2	7,5
Demócratas semiliberales	7,6	6,9	7,6
Liberales semidemócratas	6,1	5,9	6,6
Ambivalentes	5,8	5,7	6,7

Fuente: Alfaro-Redondo, 2019a.

(Smith, 1984). En un sentido amplio, la nación es una comunidad sostenida por creencias e ideas compartidas (Jiménez, 2005). Estas últimas se materializan en los “mitos”, definidos como creencias fuertemente arraigadas en el imaginario colectivo respecto del tipo de sociedad en que se convive. Los mitos se transfieren entre generaciones a través de la socialización política y cívica, en la cual intervienen familias e instituciones como las escuelas. En ese imaginario, la sociedad costarricense pasó a ser percibida como un “paraíso democrático y una tierra de justicia social”. En la cristalización y difusión de esa imagen son claves las ideas de homogeneidad racial, democracia rural de pequeños propietarios, pureza del sufragio y ausencia de conflictos y violencia.

En la Costa Rica contemporánea hay tres mitos fundamentales para entender la imagen que tiene la ciudadanía de su país y, sobre todo, su identidad política. En general, los costarricenses imaginan su sociedad como una “comunidad” de libertades políticas, pacífica y defensora de la naturaleza. Por la fuerza y la trascendencia que tienen en el imaginario colectivo, estas ideas constituyen los mitos fundacionales de la identidad política nacional. Aunque no constituyen una descripción exhaustiva de esa identidad, estos mitos sí representan un conjunto amplio de las ideas que la conforman. Sin importar cuán cerca o lejos estén de la realidad, su asunción ha tenido y sigue teniendo consecuencias significativas en el imaginario costarricense.

Como se ha señalado, los cambios en la composición de los demócratas o en

la intensidad del apoyo o rechazo al sistema, o peor aún, el deterioro de ambos indicadores, puede tener profundas repercusiones en la convivencia democrática. Una forma de analizar este tema es indagar acerca del grado de adhesión a los mitos fundacionales costarricenses según los distintos tipos de demócratas. Con ese propósito se calcularon y se compararon los niveles promedio de cada uno de los mitos en los cuatro arquetipos más relevantes y numerosos: los *demócratas liberales*, los *demócratas semiliberales*, los *liberales semidemócratas* y los *ambivalentes*.

La hipótesis de este ejercicio fue que los perfiles con mayor afinidad democrática exhiben un mayor grado de aprobación de los mitos fundacionales que los arquetipos menos proclives a la democracia. Si este argumento es correcto, los *demócratas liberales* deberían mostrar los valores promedio más altos en cada uno de los mitos examinados, y los valores más bajos deberían corresponder a los *ambivalentes*. Como se aprecia en el cuadro 5.5 este supuesto se cumple en la realidad. Como ha quedado de manifiesto, pertenecer a un arquetipo más democrático, en contraste con uno menos democrático, tiene claras consecuencias políticas.

### Fin de la excepcionalidad tica: perfiles de demócratas en las Américas

¿Es la composición actual de los demócratas en Costa Rica muy distinta a la de otros países del continente? o ¿han experimentado las demás naciones una evolu-



ción similar a la costarricense? Una de las virtudes de la tipología creada especialmente para esta contribución es su carácter comparativo. Los criterios utilizados para clasificar a los individuos en los distintos tipos de demócratas son aplicables a cualquiera de los países incluidos en el Barómetro de las Américas. La tipología que se describe a continuación se construyó con los datos de las rondas de estudios 2008 y 2016-2017.

La experiencia histórica enseña que las democracias fueron derribadas por fuerzas políticas que contaban con el apoyo (o al menos la pasividad) de una parte importante, y en ocasiones mayoritaria, de la ciudadanía. Las democracias se tornan vulnerables cuando, entre otros factores, las fuerzas autoritarias encuentran en las actitudes ciudadanas terreno fértil para actuar (PNUD, 2004). En ello radica la importancia de conocer y analizar los niveles de apoyo con que cuenta la democracia en las Américas.

El principal hallazgo de este ejercicio es la evidencia del fin de la excepcionalidad costarricense en materia de perfiles de demócratas y sus niveles de legitimidad del sistema político en la región latinoamericana. Al aplicar la metodología para la construcción de los arquetipos de demócratas en todos los países del continente en dos momentos diferentes, sobresalen dos resultados. En primer lugar, en la medición del 2016-2017 predominan los individuos *ambivalentes*, con la excepción de tres países: Canadá, Guyana y San Cristóbal y Nieves. La mayor presencia de este grupo se da en Perú, Panamá, Guatemala y Bolivia. Costa Rica está en el segmento con menor concentración de este tipo de personas. El segundo lugar en importancia, con pocas excepciones, lo ocupan los *demócratas semiliberales*. En un amplio grupo de naciones la proporción de los individuos con mayor afinidad al sistema, los *demócratas liberales*, no llega siquiera al 10% de la población. Costa Rica, por ejemplo, reporta la quinta posición entre todos los casos estudiados. En 2008, una de las primeras mediciones comparables, el escenario era diferente, pues Costa Rica encabezaba la lista de países de América Latina con mayor

porcentaje de demócratas liberales, aunque ciertamente con una cifra similar de ambivalentes ya para esa fecha (20% versus 22%).

Lo anterior significa que, en materia de cultura política, en la región latinoamericana se produjeron dos fenómenos desfavorables. Por una parte, los procesos de democratización no expandieron, en tres o cuatro décadas, la cantidad de individuos con fuertes creencias en la legitimidad del sistema. En otras palabras, la democracia no trajo más demócratas. Por otra parte, este resultado permite plantear que en las sociedades con mayor presencia de grupos afines a la democracia, como en el caso de Costa Rica, los fieles demócratas migraron hacia el escepticismo y la ambivalencia, mas no necesariamente, al menos por ahora, al eje de la antidemocracia.

Cabe señalar que la composición actual de los perfiles de los costarricense se asemeja bastante a las de Uruguay, Nicaragua y, en alguna medida, Estados Unidos. Hace cuarenta años la tipología costarricense era, como se ha dicho, más afín a la democracia, es decir, más parecida a la canadiense de hoy.

En circunstancias tan desfavorables e inciertas para el futuro de la democracia como las actuales, poseer los perfiles de demócratas que tiene la mayoría de los países del continente crea las condiciones para un mayor asedio, como parte de un proceso “desdemocratizador” (Vargas Cullell, 2019). Las múltiples regresiones vividas en la presente década son incuestionables y todo apunta a que, en lugar de revertirse, se agudizarán. Si bien este ejercicio no pretende presagiar o predecir rupturas de los sistemas políticos en la región, contribuye a entender las condiciones en las que una afrenta a la democracia podría encontrar a los países con sus reservas democráticas disminuidas y poner en riesgo la frágil estabilidad prevaleciente.

En un ejercicio similar a este, en el que se identificaron tres perfiles —ambivalentes, demócratas y no demócratas— se determinó que en 2002 los demócratas eran el perfil más extendido entre los latinoamericanos, pero no alcanzaban a formar una mayoría, pues sumaban un 43%

en dieciocho países de la región (PNUD). Por subregiones se encontraron notorias diferencias, que permitieron configurar tres escenarios. En Centroamérica y México los demócratas eran casi la mitad de la población, superaban en más del doble a los no demócratas y tenían una amplia ventaja sobre los ambivalentes. En las naciones del Mercosur y Chile la situación estaba polarizada, pues los perfiles dominantes eran los extremos: demócratas y no demócratas, con diferencias estrechas. Por último, en la zona andina había equilibrio entre los perfiles: la diferencia entre los demócratas y los ambivalentes era pequeña, y ningún grupo lograba una ventaja amplia sobre los no demócratas (cuadro 5.6).

## Conclusiones

Las democracias contemporáneas están bajo fuertes tensiones. El malestar ciudadano, las noticias falsas, el populismo y las desigualdades socioeconómicas, han deteriorado severamente el respaldo popular al sistema, sus valores e instituciones (Vargas Cullell, 2019). Luego de un esperanzador proceso de democratización que abarcó a un amplio grupo de naciones, sobre todo latinoamericanas, se vislumbraba un futuro promisorio. En esas sociedades fue posible no solo alcanzar un conjunto de condiciones mínimas para garantizar elecciones limpias, libres y periódicas, sino que también se avanzó en materia de separación de poderes, Estado de derecho y libertades para un ejercicio pleno de la libre opinión. Si bien esos logros no garantizaban en todos los casos la existencia de democracias maduras, sí constituían pasos en la dirección correcta. Asimismo, las democracias consolidadas no daban señales de deterioro o signos preocupantes.

Lamentablemente, tres décadas más tarde se observa un escenario no deseado: múltiples retrocesos políticos en decenas de países sobrepasan a los progresos en otros. Hasta hace poco tiempo las democracias consolidadas jugaban un rol crucial en el concierto de las naciones, al contrarrestar los ímpetus y derivas antidemocráticas que tenían lugar en no pocas sociedades. No fue sino hasta

## Cuadro 5.6

## Arquetipos de demócratas y ambivalentes en los países de las Américas. 2008 y 2016

(porcentajes)

	Demócratas liberales		Ambivalentes	
	2008	2016	2008	2016
Canadá	35	36	13	20
Costa Rica	20	14	22	26
Uruguay	16	14	20	24
Jamaica	15	10	23	28
Estados Unidos	15	17	24	22
Venezuela	14	6	23	29
México	14	7	23	35
República Dominicana	14	10	20	32
Argentina	13	6	17	31
Guyana	12	21	26	19
Guatemala	12	7	26	40
Nicaragua	11	14	20	24
Colombia	11	4	25	37
Brasil	9	3	25	33
Chile	9	4	30	37
Panamá	9	8	35	41
Honduras	8	8	42	36
Bolivia	7	8	39	40
El Salvador	6	5	30	38
Perú	5	4	40	49
Ecuador	5	8	36	39
Haití	4	10	40	28
Paraguay	3	7	15	36

Fuente: Alfaro Redondo, 2019a, con datos de la Encuesta “Barómetro de las Américas”, Lapop 2018.

mediados de la presente década que el panorama cambió de manera radical. Los retrocesos de democracias que se creían camino a su consolidación se han visto, paradójicamente, acompañados por preocupantes regresiones en las democracias maduras. La combinación inédita de estos dos factores tiene profundas repercusiones para la estabilidad política local y global, pues han proliferado sistemas que no son democracias en su versión clásica, pero tampoco pueden ser catalogados como regímenes autoritarios (Schedler, 2002 y 2013; Diamond, 2002; Levitsky y Wan, 2002 y 2010).

Costa Rica no escapa a esta ola debilitadora de la democracia de alcance global. El país ha experimentado un largo período de transformaciones políticas cuyas principales manifestaciones han sido la disminución de la participación electoral, el descrédito de los partidos, el derrumbe del bipartidismo y la caída del apoyo ciudadano al sistema de gobierno. Fue teniendo en cuenta esas circunstancias que este capítulo se dedicó a indagar si la pérdida de legitimidad que ha sufrido el sistema desde hace cuatro décadas podría estar afectando las bases sociales de la democracia costarricense

se y, particularmente, si esa afectación ha creado amenazas para la estabilidad política. Ahondar en este tema es relevante en virtud de que buena parte de las personas que manifiestan su preferencia por la democracia tiene actitudes contrarias a algunas reglas básicas de este tipo régimen (PNUD, 2004).

Todas las democracias están expuestas a *shocks*, unos originados en crisis económicas, otros causados por factores políticos como escándalos de corrupción y la desconfianza hacia los gobernantes; otros tienen causas externas difíciles de anticipar y esquivar. Algunos regímenes son más vulnerables a estos *shocks*, debido sobre todo a la presencia –o no– de un recurso estratégico que en principio todas las democracias deben poseer, pero que no siempre está disponible en la misma proporción cuando requiere ser activado: la legitimidad que la ciudadanía le atribuye al sistema y que permite sortear las crisis. En teoría, una sociedad con una larga trayectoria democrática acumula una reserva mayor que una democracia más reciente o que ha sido históricamente más inestable.

Esa reserva de legitimidad no es indeterminada ni infinita. Llegado el momento de activarla, son los ciudadanos, con sus actitudes y comportamientos, quienes materializan o no este recurso estratégico. En otras palabras, las sociedades pueden navegar a través de las crisis siempre y cuando su acervo de legitimidad se los permita. Si la reserva es sólida, las democracias pueden salir fortalecidas de los *shocks* y, en circunstancias desfavorables, pueden recurrir a ella para aminorar la turbulencia política. No obstante, si la reserva es insuficiente, las crisis pueden impactar con fuerza la estabilidad del sistema.

Si el apoyo de la ciudadanía es determinante para que la democracia subsista, resulta fundamental conocer mejor la reserva de legitimidad de que dispone Costa Rica en un momento crítico como el que atraviesa en la actualidad.

La evidencia recopilada para este capítulo demuestra que la pérdida de apoyo ciudadano experimentada por la democracia costarricense en el largo plazo, produjo un fuerte reacomodo en las bases

sociales que respaldan el sistema. El análisis depurado de distintos perfiles políticos evidencia que entre 1978 y 1999 dominaban el espectro los *demócratas liberales* y los *demócratas semiliberales*. Esta composición era, sin duda, muy favorable para la supervivencia del régimen, en virtud de que, ante cualquier riesgo, interno o externo, se movilizaban las reservas de legitimidad y, por tanto, se fortalecía la democracia. Sin embargo, en las dos primeras décadas de este siglo lentamente se produjo una transición hacia una comunidad en la que prevalecen perfiles de ciudadanos más escépticos con el sistema. Así, la fuga de los seguidores más fieles del régimen ha poblado un sector que se caracteriza por un menor apego a la democracia. En síntesis, se desplazó el centro de gravedad de los fieles adeptos a la democracia hacia individuos que poseen actitudes contradictorias hacia ella. Estos cambios en el largo plazo constituyen, sin duda, una amenaza latente para el sistema político.

En perspectiva comparada, la situación antes descrita pone fin a la excepcionalidad política costarricense en el continente americano. Esta contribución plantea que en las sociedades con mayor presencia de grupos afines a la democracia, como Costa Rica, los fieles demócratas migraron hacia el escepticismo y la ambivalencia, mas no necesariamente, al menos por ahora, al eje de la antidemocracia. En estas circunstancias de alta incertidumbre sobre el futuro

del sistema, el hecho de poseer los perfiles de demócratas que tiene la mayoría de las naciones del continente crea las condiciones para un mayor asedio a la estabilidad política, y puede crear un ambiente propicio para las regresiones democráticas observadas en varios países de la región.

Hoy en día, en la mayor parte del continente, la existencia de una mayoría que respalde la democracia dependerá de la capacidad de los demócratas para atraer a sus posiciones a los *ambivalentes*, que se han ido constituyendo en actores clave. En efecto, las preferencias contradictorias de este grupo, por lo general asociadas a un liderazgo de base democrática, pero con claros rasgos autoritarios, podrían ser eventualmente capitalizadas por los adversarios de la democracia. Es por ello que resulta crucial observar a los *ambivalentes*, pues en la mayoría de los países, incluida Costa Rica, los demócratas requieren su apoyo para formar mayorías ciudadanas en favor de la democracia.

Si bien es cierto que la actual composición de los demócratas supone un riesgo para la estabilidad política, tres hallazgos de este trabajo permiten entender por qué la amenaza de los *ambivalentes* sigue siendo latente y no se ha materializado aún. En primer lugar, la intensidad del apoyo a la democracia en los distintos arquetipos no es menor que hace tres o cuatro décadas y se ha mantenido constante, sin altibajos. En otras palabras, el

reacomodo de los demócratas en estos cuarenta años no vino aparejado a una disminución del respaldo dentro de los distintos perfiles.

En segundo lugar, una señal más preocupante que la reducción del tamaño de los grupos sería que, incluso en los perfiles de mayor afinidad con la democracia, se identificaran caídas drásticas en la aprobación de los tres mitos fundacionales de la comunidad nacional: un país libre y democrático, pacífico y protector de la naturaleza. La evidencia corrobora que entre los *demócratas liberales* y los *demócratas semiliberales* la creencia en los pilares de la sociedad política sigue siendo robusta y no parece estar en peligro.

Una noticia aun peor sería que los *ambivalentes* y otros grupos con actitudes antisistema estuvieran activados y movilizados políticamente, con el objetivo de debilitar la democracia. En este sentido, la evidencia recabada demuestra que el activismo de estos arquetipos no es mayor que el registrado por los demócratas convencidos, lo cual quiere decir que estos últimos, aunque debilitados, siguen teniendo el “juego democrático” bajo control.

Finalmente, esta contribución permite valorar el balance actual de fuerzas y el potencial para crear amplias coaliciones ciudadanas en apoyo a la democracia, incluyendo a los sectores ambivalentes, como un mecanismo para frenar la posible vulnerabilidad del régimen político.

**Investigadores principales:** Ronald Alfaro Redondo y Jorge Vargas Cullell.

**Borrador del capítulo:** Ronald Alfaro Redondo.

**Coordinación:** Ronald Alfaro Redondo.

**Edición técnica:** Ronald Alfaro Redondo y Jorge Vargas Cullell.

**Asistente de investigación:** Jesús Guzmán Castillo.

**Asesoría metodológica:** Jorge Vargas Cullell, realizó la asesoría metodológica en el abordaje de investigación, en la construcción de los criterios de los arquetipos, y en el procesamiento y el análisis de los datos.

**Actualización y procesamiento de datos:** Ronald Alfaro Redondo y Jesús Guzmán Castillo.

**Visualización de datos complejos:** Ronald Alfaro Redondo, Steffan Gómez Campos (gráfico 5.2) y Karen Pérez (gráfico 5.3).

**Lectores críticos:** Florisabel Rodríguez, Marisol Guzmán, Miguel Gutiérrez, Mario Herrera,

Leonardo Merino, Esteban Durán y Jorge Vargas Cullell.

**Revisión y corrección de cifras:** Jesús Guzmán Castillo.

**Por su revisión y comentarios** se agradece a Florisabel Rodríguez, quien fungió como lectora crítica del borrador de este capítulo.

**Un agradecimiento especial** a Mitchell Seligson por las bases de datos y los cuestionarios suministrados.

**Los talleres de consulta** se realizaron los días 6 de junio y 12 de agosto de 2019, con la participación de Ileana Aguilar, Ronald Alfaro Redondo, Argentina Artavia, Kattia Benavides, Margarita Bolaños, Diego Brenes, Gilbert Brown, Sharon Camacho, María José Cascante, Juan Carlos Chavarría, Hazel Díaz, Héctor Fernández, Steffan Gómez Campos, Alejandra Gómez, Miguel Gutiérrez, Jesús Guzmán, Gerardo Hernández, Mario Herrera, José Joaquín Meléndez, Leonardo Merino, Alejandro Pacheco, Francisco Antonio Pacheco, Hugo Picado, Adrián Pignataro, Ciska Raventós, Edel Reales, Florisabel Rodríguez, Eduardo Ulibarri, Guillermo Vargas, Jorge Vargas Cullell y Saúl Weisleder.

## Notas

1 Otras encuestas aplicadas en Costa Rica han tenido diversos énfasis temáticos: corrupción (Poltronieri, 2006, 2009c y 2011), intención de voto (Escuela de Estadística, 2005), opinión de empresarios (Gonzalez, 2010), seguridad social (Poltronieri, 1989; González y Poltronieri, 1990; Garita y Poltronieri, 1993), opiniones sobre el tratado de libre comercio entre Estados Unidos y Centroamérica (Poltronieri, 2007b; Escuela de Estadística, 2006b, 2007a y 2007b), la coyuntura

postelectoral (Centro de Investigación y Estudios Políticos, 2010), resultados a boca de urna (Escuela de Estadística, 2006), estimación del número de romeros que caminan a la basílica de la Virgen de Los Ángeles (Escuela de Estadística, 2012), opiniones sobre una manifestación a favor de la CCSS (Instituto de Investigaciones Psicológicas, 2012) y confianza de los consumidores (Escuela de Estadística, 2019).